

¿Qué significa experimentar con la fotografía hoy en día?

La fotografía experimental no es una técnica o una estética en particular, sino una forma de cuestionar la imagen y las condiciones en las que se produce. Experimentar significa poner en duda el propio medio, explorar sus límites y preguntarse en qué puede convertirse una fotografía cuando dejamos de tratarla como un resultado final. Vivimos rodeados de imágenes que se producen, comparten y descartan a una velocidad cada vez mayor, mientras que innumerables otras permanecen almacenadas en dispositivos digitales, sin llegar nunca a publicarse, imprimirse o mostrarse.

La fotografía experimental propone un ritmo diferente.

Recupera el tiempo para la observación, la incertidumbre como parte del proceso y la relación con los materiales. Trabaja con la luz, pero también con el cuerpo, la memoria, el territorio, la tecnología, el azar y las relaciones que se crean en torno a una imagen.

La experimentación comienza cuando la fotografía hace algo más que representar el mundo y empieza a intervenir en la forma en que lo percibimos, lo comprendemos y nos relacionamos con él. Cada imagen contiene una manera de mirar, moldeada por el dispositivo utilizado, las decisiones del fotógrafo o la fotógrafa y el contexto en el que es contemplada.

Cambiar la cámara, intervenir un negativo, alterar una emulsión o transformar el soporte modifica la imagen al mismo tiempo que **cuestiona las convenciones a través de las cuales reconocemos algo como fotografía**. Una imagen quemada, cosida, borrada o deteriorada, o una imagen impresa sobre una hoja, **difícilmente puede presentarse como una ventana transparente hacia la realidad**. Su superficie revela cómo fue realizada, qué materiales intervinieron y qué accidentes contribuyeron a su apariencia.

Esta dimensión material adquiere un significado especial en un momento en el que gran parte de nuestra experiencia visual tiene lugar en pantallas.

Recuperar la materialidad significa volver a encontrarnos con el peso del papel, la fragilidad de una emulsión, la duración de una exposición y las transformaciones producidas por el agua, el calor, la química o la luz del sol. Sin embargo, el valor de un proceso no reside únicamente en la destreza necesaria para llevarlo a cabo. También reside en su capacidad para desestabilizar las certezas, identificar un problema y crear conexiones inesperadas.

Experimentar también implica **considerar las consecuencias materiales, sociales y ecológicas de cada proceso**: qué recursos utiliza, qué residuos genera, qué narrativas reproduce y quién tiene acceso al conocimiento que produce.

La historia de la experimentación artística está marcada por los intentos de romper las fronteras entre disciplinas y acercar el arte a la experiencia cotidiana.

El collage, el fotomontaje, los objetos encontrados, el azar, la intervención sobre archivos y las combinaciones de fotografía, cine, performance e instalación ampliaron las posibilidades de la imagen. Muchas prácticas contemporáneas continúan este impulso. Sin embargo, existe un riesgo: cuando lo experimental se reconoce únicamente por una apariencia determinada, puede convertirse en un catálogo de efectos visuales, como manchas, errores químicos, negativos manipulados o superficies inusuales. En ese momento, la experimentación deja de funcionar como una pregunta y se convierte en una fórmula. **No basta con producir una imagen que parezca diferente.** También es necesario preguntarse por qué se eligió una técnica, qué transforma, qué cuestiona y qué relaciones hace posibles.

En este contexto, **los artistas ocupan múltiples posiciones: autor, investigador, mediador, docente, aprendiz y transmisor de conocimiento.** Una técnica desarrollada a lo largo de muchos años puede transformarse a través de las experiencias y los materiales aportados por otras personas participantes. Este intercambio exige escucha y responsabilidad. La experimentación adquiere sentido cuando el conocimiento circula en múltiples direcciones, cuando quienes enseñan también están dispuestos a aprender y cuando un territorio participa en el proceso sin convertirse únicamente en un recurso visual.

Durante el festival, **la fotografía se convierte en un lenguaje compartido entre personas que quizá no hablan el mismo idioma ni tienen la misma edad, formación o experiencia.** Una imagen inesperada puede dar inicio a una conversación, una fórmula compartida puede abrir un nuevo proyecto y una exposición puede transformar una investigación individual en una experiencia pública. Un taller puede transformar una técnica al ponerla en contacto con perspectivas diferentes. Una residencia permite que procesos individuales convivan y evolucionen, mientras que una revisión de portfolios puede reorientar una línea de investigación. Aunque la historia de la fotografía suele organizarse erróneamente en torno a grandes autores, obras e invenciones, **los procesos fotográficos siempre han dependido de un conocimiento colectivo transmitido a través de laboratorios, escuelas, publicaciones, asociaciones, talleres y comunidades. La fotografía experimental hace visible esta dimensión colaborativa.** Experimentar juntos significa construir un espacio donde el conocimiento permanezca abierto, los procesos históricos dialoguen con las herramientas digitales, la química conviva con la inteligencia artificial y los archivos privados se encuentren con el espacio público. La fotografía experimental no se define por una única estética ni por un conjunto cerrado de procedimientos.

Más que una categoría,
es una actitud:
**Una disposición a cuestionar,
cambiar los hábitos y permanecer
abiertos a lo inesperado.**

Emiliano Covello, Laura Ligari & Pablo Giori